

LOS INTELLECTUALES Y ESPAÑA

ANTONIO ESCOHOTADO

El filósofo Antonio Escohotado (Madrid, 1941) se instaló por vocación y por destino en el ámbito libertario y ahí fue desovando ideas que lo sitúan en el margen de los hombres que entienden el pensamiento como acción crítica. Es la forma innegociable de reivindicar su explosiva jurisdicción.

Acumula una artillería de desengaños por la actualidad política y denuncia la mediocridad rampante del país «peor avenida de Europa».

«El problema de la izquierda es que es más adjetiva que sustantiva»

POR ANTONIO LUCAS
FOTO ANTONIO HEREDIA

Antonio Escohotado lleva una gorra de jugador de béisbol con un canuto pintado a boli más arriba de la visera. Esta semana entregó el tercer volumen de *Los enemigos del comercio. Una historia moral de la propiedad*, su gran hazaña ensayística de los últimos 17 años. Este filósofo inflamable, de ideas vertiginosas, cercano a Marcuse, devoto de Hobbes, más atento a los problemas abstractos del pensamiento que a la condición doméstica de la vida, observa el mundo con algo de burgués de melenita blanca y ese punto insurrecto de los hombres bien medidos por unas gotas de opio. Estudia (o escribe) ocho horas diarias. En una casa ibicenca de payeses fundó la discoteca Amnesia en los años 60. Es un intelectual con un complemento cimarrón en las ideas. Un libertario a deshoras. Cree sin fisuras en aquello de Spinoza: «Un cuerpo capaz de muchas cosas tiene un alma fundamentalmente eterna». Y sobre España deja caer una mirada ácida. Como esta.

Pregunta.— ¿Cuál cree que es el problema real más acuciante de España?

Respuesta.— La discordia, la desunión y los complejos de inferioridad de algunas comunidades autónomas que se proyectan como supremacismos. Somos el peor avenida de los países de Europa occidental. Ese es nuestro problema.

P.— ¿Y cuál es el problema que más se ha exagerado?

R.— Lo que se relaciona con el victimismo tiene una resonancia especial, superior. Mediáticamente está muy apoyado. En todos los sentidos y desde to-

dos los frentes de la política.

P.— Usted se reconoce socialdemócrata en un país que ha hecho del concepto un boomerang.

R.— Desde luego que el concepto se ha adulterado, pero el partido que mejor lo encarnaba ya no sabe dónde está. Hablo del PSOE, dirigido ahora por un secretario general que no sabemos si existe o no. Tiene una muy buena figura, pero no expresa nada ni parece que tenga nada que expresar. Algo me hace pensar que la de Pedro Sánchez es una cierta forma de no existencia. Tampoco Felipe González o Rubalcaba eran Thomas Jefferson o William Galdstone, grandes estadistas, pero al menos mantenían una actitud. Aun así, la socialdemocracia española sigue manteniendo las tesis originales. No me parece que por ahí haya demasiada fuga entre el principio y la práctica.

P.— ¿La izquierda ha hecho su transición?

R.— El problema de la izquierda es que siempre ha sido polar, como los adjetivos, en vez de ser sustantiva, como los nombres. Y sus movimientos dependen de los que haga una derecha que sí que ha vivido una enorme transformación en los últimos 30 o 40 años.

P.— ¿Tan transformada la ve?

R.— Sí. Ha sido un camino muy interesante. La derecha ha modulado el paso hasta ocupar el espacio del centro. Lo que antes se llamaba derecha es centro, pero para la izquierda (al considerarla su espejo especular) siguen siendo los de siempre, los carcas de toda la vida. Qué absurdos son. Si la derecha no hubiese virado hacia el centro sería difícil pensar que tuviésemos hoy el sistema de pensiones del que gozamos. O la Seguridad Social. O la Sanidad y la Educación gratuitas.

P.— En esos avances algo tiene que ver también la izquierda.

R.— Sin duda, pero la derecha los ha mantenido.

P.— ¿Entonces la derecha se ha reformulado mejor?

R.— Directamente ha ocupado el centro, dejando una pequeña franja de *derecha bolchevique*, pero más del 50% supo moderarse.

P.— ¿La derecha del PP es liberal?

R.— No lo creo. El liberalismo tiene dos premisas principales. Una es confiar en la libertad como la primera seguridad. Y la otra, confiar en lo abierto, no ser doctrinario, estar dispuesto a cambiar. A mí me parece que lo que llamamos «la derecha del PP» no es ni abierta ni confía en la libertad.

P.— Entonces no se ha transformado mucho.

R.— Muchísimo, pero no querrás que cambie las esencias...

P.— ¿Qué tipo de solución encarnan los partidos nuevos?

R.— En este momento, ninguna. Son muy decepcionantes. El estímulo mayor es que el voto de una parte de la población ha roto el bipartidismo tradicional. Pero ellos no saben manejar bien ese caudal. Y es que la bisoñez se paga. Igual en Iglesias que en Rivera. Se han instalado demasiado pronto en esa perversion de la política que es el «todo menos perder votos». Eso genera un desprestigio que lleva irremediamente a perder más votos de los que imaginan.

P.— ¿Y sólo es un problema de bisoñez?

R.— Por desgracia, no sólo. También hay una parte importante de mediocridad. Algo muy extendido en nuestro paisaje político. Y en la escuela. Y en la Universidad. Una de las tragedias del presente es que la prosperidad ha venido con un tanteo a la baja del pensamiento, de la ciencia y de la cultura.

P.— ¿Y esa situación rasante es espontánea?

R.— En absoluto. Está muy bien programada.

P.— ¿Y qué promete?

R.— Nada, pero no es incómoda. Y ha cambiado el concepto de ciudadano por el de hincha: un sujeto sometido a la pasión de masas como ofrece el fútbol. Ahora se aplica mal aquello que Robespierre y Saint-Just llamaban en política «pureza de principios». Casi nadie se pone a ver un partido de fútbol deseando que gane el mejor.

P.— Un momento confuso favorece el rumor de las utopías.

R.— Absolutamente. Y las utopías son una indecen-

cia moral que tienen su justa contrapartida con el futuro. La utopía apunta a un presunto mañana y el futuro mira hacia atrás. Pero el hoy es la única fundación de resultados imprevistos y, por tanto, lo único audaz, denso, interesante, lleno de detalle y de capacidad panorámica. Así que quedémonos con el hoy, con lo real. A muchas personas lo real les parece insatisfactorio porque la relación que mantienen con ellos mismos de puertas adentro no es buena.

P.— Dos elecciones generales y unas terceras asomando, ¿a qué tipo fracaso se debe algo así? Porque después de la formación de dos parlamentos...

R.— Por supuesto que es un fracaso de ellos. Por eso se impone un Gobierno de concentración nacional.

P.— Pero esa solución no parece fácil, ni posible.

R.— Por irresponsabilidad. Aquí complace más que salga perjudicado el enemigo a que salgan beneficiados los amigos. Así de burdo. Es igual que el concepto de voto de castigo, otra estupidez. Aunque entiendo que con este incalificable Rajoy todo resulta muy difícil. Lo que ha hecho este hombre durante cuatro años con su mayoría absoluta es una aberración.

P.— ¿En qué sentido?

R.— Pues en que ha extremado la *Ley de la patada en la puerta* de Corcuera, que era abominable. Ha aceptado y prolongado algunas locuras de Zapatero sobre discriminación positiva y otros de sus desmanes. Algo tremendo. Zapatero, un analfabeto integral, es el peor dirigente desde Fernando VII.

P.— Los avances en el ámbito de las cuestiones de género que propuso Zapatero sí han sido eficaces.

R.— Pues no lo sé. Pero la legislación resulta extrema.

P.— ¿Votará si hay terceras?

R.— Sí. Aunque no votaré lo mismo que en las dos convocatorias anteriores. Opté por Rivera, pero es muy posible que no lo vuelva a hacer.

P.— ¿Por?

R.— Me ha decepcionado. Es el que mejor me cae de los candidatos, pero está muy verde. Aunque en este momento tan raro no nos va tan mal sin gobierno. Italia ha estado con gobiernos fugaces o casi sin ellos durante muchos años y no han sido las peores fases de su historia. Pero a esta irregularidad de España hay que ponerle coto. Lo que no sé es cómo, porque si hablábamos de la inexistencia de Sánchez, la impericia de Rajoy y la bisoñez de Rivera, ya no digo nada de la decepción de Podemos. Algunas de sus propuestas son una locura. Es como si ahora nos diese por votar al subcomandante Marcos. Sin embargo tengo interés en conocer a Íñigo Errejón, tomar un café con él y escuchar sin prisa sus ideas.

P.— ¿Y eso?

R.— Porque necesito saber más de esta gente. Y especialmente de él. Me parece un tipo más sensato y mejor armado que Iglesias. No va por la vida con cota de malla, como el líder de su partido, por eso creo que en la vida política habrá (antes o después) más espacios para Errejón.

P.— No parece que haya duda en que la corrupción, las recetas fáciles, las explicaciones para tontos y el trilerismo institucional son moneda de uso corriente de este momento político, ¿síntoma de un fin de ciclo?

R.— Puede ser un fin de ciclo, aunque suena más a fin de la picaresca, que es una de las esencias de la historia nacional, además de haber generado una de las mejores tradiciones literarias en español. El listillo, en todas sus variantes, es el que concibe el trabajo como una maldición. Y eso se da en muchos de nuestros políticos actuales. Desconocen que el trabajo serio es un antídoto a la infelicidad.

P.— Y en medio de toda esta confusión rebrota el independentismo en Cataluña.

R.— Pero llamémosle por su nombre, como hemos hablado al principio. Es supremacismo. Y está formado por gente con un cierto complejo de inferioridad que por una proyección freudiana invierten su fragilidad en una aspiración. Es como los negros de la Iglesia del Islam que en los años 60 y 70 tomaron fuerza en EEUU. No piden una equiparación y el fin de la segregación. En absoluto. Quieren cumplir una venganza histórica.

ESPAÑA

«Somos el peor avenida de los países de Europa occidental. Ese es nuestro principal problema desde hace mucho tiempo»

EL PSOE

«Está dirigido ahora por un secretario general que no sabemos si existe. No expresa nada ni parece que tenga nada que expresar»

LA IZQUIERDA

«En España sus movimientos dependen de los que haga una derecha que sí se ha transformado en las últimas décadas»

PARTIDO POPULAR

«El partido del Gobierno no es liberal. Lo que llamamos 'la derecha del PP' no es ni abierta ni confía en la libertad»

NUEVOS PARTIDOS

«El estímulo mayor que traen las formaciones nuevas es que el voto de una parte de la población ha roto el bipartidismo»

CULTURA

«Una de las tragedias del presente es que la prosperidad ha venido con un tanteo a la baja del pensamiento, de la ciencia, de todo lo que importa»

ELECCIONES

«Por supuesto dos convocatorias electorales fallidas es un fracaso de ellos. Por eso se impone un Gobierno de concentración nacional»

CATALUÑA

«El nacionalismo y su deriva independentista es una forma de supremacismo formado por gente con un cierto complejo de inferioridad»

POPULISMO

«El populismo es herramienta de la extrema derecha o de la extrema izquierda, no de las derechas y las izquierdas civilizadas»

CRISIS

«Una crisis, como sostenía Ortega y Gasset, también muestra que una sociedad alcanza un momento nuevo de madurez para admitir cambios»



Antonio Escotado (Madrid, 1941) es un pensador que bracea desde hace 40 años en dirección contraria.

P.— ¿Calculan bien sus fuerzas?

R.— Sospecho que están disparando en muchos casos con balas de fogueo. Ellos saben que una buena parte del pueblo catalán no quiere la independencia. Las maniobras de nacionalistas e independentistas son claramente *estafatorias*. Por una parte usan la política del hecho consumado, que es una trampa que existe desde el hombre de Altamira. Y por otra, desarrollan truchas modernas apoyándose en el chovinismo y en la posibilidad que ofrecen las redes sociales, internet y las nuevas herramientas digitales. Ya veremos en qué queda todo esto. La ventaja de lo real frente a la fantasía es que de la realidad siempre cristaliza algo. Y Cataluña está llena de detalles fantásticos. A la vez, creo que más de la mitad de los habitantes de Cataluña no quieren la independencia.

P.— ¿Y cómo se puede reorientar o atajar la «desconexión» planteada para los próximos dos años?

R.— Cuando Puigdemont y los demás se acerquen a la realidad y a la claridad verán la sorpresa que les espera. Si preguntan con nitidez (como no quieren hacer) verán caer su ficción. Ya lo decían los comunistas: «Tanto peor, tanto mejor».

P.— ¿No está todo muy entregado a las fórmulas fáciles del populismo?

R.— Demasiado. En cualquier frente. Da igual que sea izquierda, derecha, nacionalismo o federalismo. El populismo es extremoso por naturaleza y resulta inquietante cómo se ha instalado entre nosotros. El populismo es herramienta de la extrema derecha o de la extrema izquierda, no de las derechas y las izquierdas civilizadas. Es algo que está cundiendo en buena parte de Europa y parece difícil de detener.

P.— ¿Cómo es posible que la corrupción en España genere hasta beneficios electorales en algunos de los partidos que la cometen, como comprobó el PP tras las generales del 26-J?

R.— No sé si hay tanto beneficio como dices. Rajoy no puede, de momento, formar gobierno ni con el aumento de votos. El daño que la corrupción le ha hecho al PP es enorme, de veras. El crecimiento de confianza en Rajoy (aunque suene paradójico expresarlo así) no es un efecto rebote de la corrupción, sino el resultado de la pérdida de músculo de Pablo Iglesias y de Albert Rivera. La esperanza en las formaciones alternativas colapsó en las pasadas elecciones. Y eso beneficia al PP.

P.— ¿El desconcierto social e institucional es una oportunidad?

R.— Siempre. Ortega y Gasset sostenía que cuando se daba un periodo de crisis era porque en una sociedad se había alcanzado un momento nuevo de madurez como para admitir cambios. Aunque esto no es lo que se escucha en las tertulias de radio y televisión, donde la mediocridad se ha instalado y donde los nuevos mesías son sociólogos y politólogos que no saben de lo que hablan. Esta gente vive de que los demás no se den cuenta de los inmensos beneficios que tiene estudiar por cuenta propia, querer saber. Tendríamos que hacer una huelga de consumo contra las tertulias políticas. Hay que acabar con esos mangantes. No recuerdo un momento más mediocre y pobre que este. La Universidad en los años del franquismo era mucho más exigente que esto que vemos. Al menos se sentía mejor aquello que sugería Heidegger: «La avidez de novedades y la falta de paradero».